

MOISÉS

EL DIÁLOGO: TU Y YO

A partir de este momento, después que Dios ha dado su nombre a Moisés, empieza un diálogo constante entre Yavé y Moisés. Este se pone en camino a través del desierto, "como el cayado de Dios". A lo largo de esta ruta, sembrada de maravillas y de dificultades, que le conducirá al Sinaí, Moisés entra cada vez más en la intimidad con Dios, deseando que esta presencia no le abandone ya nunca. No va a cesar de orar, de implorar, de insistir incluso - como el amigo importuno del Evangelio -, y toda su oración, como la de Abraham, se apoyará desde este momento únicamente en la palabra misma de Dios: "Tú me dices.... " (Ex 33, 12)

La grandeza de Moisés no consiste en el poder que Dios le da para vencer al faraón o para guiar al pueblo a través de tantas dificultades, ni aun tan siquiera en el hecho de ser profeta. Su grandeza radica en amar a su Señor por encima de todos los dones que de él ha recibido; en ser voluntariamente y de corazón, y no por la misión recibida, el siervo de Yavé. La grandeza de Moisés nos la revela el mismo Dios:

Si hay entre vosotros un profeta,
en visión me revelo a él,
y hablo de él en sueños.
No así con mi siervo Moisés,
él es de toda confianza en mi casa.

Cara a cara hablo con él, no en enigmas,
Y contempla la imagen de Yavé.
(Nm 12,6)

La grandeza de Moisés es la de su intimidad con el Señor. Si Moisés ha sido permanentemente en la casa de Dios su "siervo fiel", "Cristo está en calidad de Hijo", nos dice la Epístola a los Hebreos. Y nosotros, también por la oración, no sólo por la oración, pero principalmente por la oración, debemos "estar permanentemente en la casa de Dios en calidad de hijos" (Hb 3, 2-5).